

# NOTAS

## JACQUES MARITAIN: SU LEGADO HUMANISTA Y POLITICO

El catolicismo y la cultura francesa del siglo XX se caracterizan por un cierto tipo de «tolerancia activa». Se trata de algo mucho más rico en sentido y en consecuencias que la simple coexistencia pacífica. Llegan así a asimilar incluso a sus propios extremismos. Es la famosa «crítica digestiva» de la que a veces se ha hecho eco incluso el propio J. P. Sartre.

El desafío que implica cualquier extremismo se convierte entonces en un estímulo: del «encuentro» entre posturas encontradas surgen fuentes suplementarias de energía en la línea de la promoción conjunta.

Esa especial capacidad del francés para encontrar la síntesis y el equilibrio interno —mediante la superación y asimilación de factores opuestos, en el mejor sentido de la *aufhebung* hegeliana— creo que es constatable especialmente en el campo socio-religioso y político-cultural. Es decir, en los dos campos básicos del pensamiento y de la acción de Maritain.

### A) MARITAIN EN CUANTO HUMANISTA

Entre los «conversos» franceses de la presente centuria figura con especial relieve el matrimonio Maritain: su ciclo vital, socio-religioso y científico o mental es sumamente indicativo. Su legado humanista y socio-político quizá sea, además, positivamente rentable para la historia mundial que estamos construyendo.

1. A Maritain le salvó, en primer lugar, su hambre incondicional de saber: su apego a la verdad, viniera de donde viniera y fuera la que fuera la manera de manifestársele. En este sentido creo que la (eterna) juventud de Maritain es tan «agustiniana» como la del propio hijo de Santa Mónica (1).

---

(1) Como en el caso de Agustín de Hipona, en Maritain cabe distinguir dos etapas

Criado en ambientes más bien alérgicos al catolicismo, su tenacidad en la búsqueda, su sinceridad inconformista y prospectiva, su compromiso vital con la verdad —«toda la verdad y nada más que la verdad»— le llevaron en línea recta, aunque por caminos aparentemente oblicuos (2).

2. La célebre hospitalidad de los Maritain no era más que una forma de manifestación —yo iba a decir «de erupción»— de la excepcional riqueza humana, cultural, social y religiosa concentrada en aquella familia. Supieron aunar en la mejor dirección todas las energías y dimensiones que componen la vida humana (3).

Ahí está el acierto máximo de todo humanismo y humanista auténticos: lograr el equilibrio múltiple y dinámico de todo lo humano en la dirección y dimensión de la caridad y de la hermandad universal (teocéntricas, para el creyente; cristocéntrica para el cristiano). Sin renunciar a la promoción de cuanto sea humanamente valioso y rentable para la mejora personal o colectiva. Pero sin renunciar tampoco a la plenitud cualitativa de lo humano en lo «más que humano» (4).

3. Son muchos los sectores de la sociedad francesa, europea y angloamericana con los que estuvo en contacto J. Maritain; muchos los movimientos sociales con los que comulgó; muchos los grupos de acción que le abrieron

—o más bien, dos sentidos— en la búsqueda de la verdad: una primera de «peregrinación a las fuentes», buscando la verdad que aún no se encontró; una segunda de interiorización o búsqueda intensiva y cualitativa de la verdad que ya se cree haber encontrado. La primera culmina en la conversión; la segunda termina cuando «ya todo es gloria» (BERNANOS).

(2) Resulta impresionante —además de épica— la mutua conjuración de los novios Jacques y Raïssa, estudiantes de la Sorbona, a no conformarse con una existencia simplemente horizontal y sin sustancia de plena autenticidad. Ahí empezó todo: Raïssa fue para Jacques Maritain otra Santa Mónica.

(3) Recepciones, actos de sociedad y amistad se trocaban así en auténticas «eucaristías». No en la línea de un proselitismo angustiado, sino en la línea de una espera y esperanza común, de una apertura y disponibilidad recíproca en la hermandad. Algo así debieron ser las reuniones de las comunidades paulinas.

(4) Es lo que el propio Maritain quería explicar con el concepto y término de «subalternancia»: integración ascendente de todos los niveles de valor de lo humano, buscando el mejor logro del hombre mismo como persona y comunidad (creador creado); pero con especial atención a las jerarquías de calidad. Esto le llevó a proclamar, como exigencia intrínseca del propio humanismo, la necesidad de un «heroísmo del amor y de la santidad»: «un humanismo *desprendido* y consciente de sí mismo, que conduzca al hombre al sacrificio y a una grandeza verdaderamente sobrehumana» (J. MARITAIN: *Humanismo integral*, 3.<sup>a</sup> edic., Edit. Ercilla, Santiago de Chile, 1947, pág. 17).

sus puertas. Con ninguno de ellos se identificó: ni siquiera con el personalismo (5).

Maritain acertó a conservar su propia independencia por encima de sus preferencias ocasionales. Sus «destierros» sucesivos (América, Roma, convento) potenciaron esta independencia. Que no quiere decir egocentrismo o despreocupación por los demás. Sino defensa de la propia libertad de criterio, de acción y de palabra: sobre todo, de pluma. En la línea de una profundización creciente en los propios modos de vida y en los temas elegidos para expresar la propia cosmovisión (6).

4. Metafísica, ética y sociología son las tres perspectivas dominantes en el pensamiento de Maritain. Sus criterios de *mano tendida* a movimientos y personas de buena voluntad —aunque bajo banderas heterogéneas— le valieron las máximas condenaciones de parte de muchos inquisidores precipitados (7).

Su búsqueda de un *humanismo integral* chocó con tantos humanismos desmembrados de nuestros días (8). Sus proclamas en favor de una *nueva cristiandad* —menos formalista y ritual, más hermanal y espiritual; más carismática y equilibrada; más humana y más divina a la vez— motivaron resistencias en muchos círculos católicos.

Pues bien, de pocos pensadores y humanistas de la historia universal podrá decirse, como de Maritain, que triunfó en toda la línea ya en vida. La catolicidad conciliar y ecumenista en que hoy vivimos a él le debe mucho de su espíritu y muchas de sus letras (9).

(5) Para conocer la significación global del movimiento personalista-espiritualista, sus ingredientes más cualificados y su legado histórico —así como el puesto y papel que corresponde a Maritain respecto al mismo movimiento personalista—, véase, especialmente, VIDAL ABRIL CASTELLÓ: «Las ideologías personalistas ante la ciencia jurídica actual», en *Anuario de Filosofía del Derecho*, XII (1966), págs. 373-448; con amplia bibliografía y literatura crítica.

(6) ¿Se equivocó Maritain, por ejemplo, al juzgar el caso español (guerra civil en cuanto cruzada)? Lo vio desde sus propios ángulos concretos. Lo que tampoco quiere decir, desde luego, que toda la verdad estuviera de su parte.

(7) En la propia doctrina social de la Iglesia ha habido una evolución sintomática en este sentido. Es evidente, por otra parte, que la «dialéctica» entre tendencias parcialmente opuestas de la catolicidad continúa hoy en día, corregida, pero aumentada tras el Vaticano II. Lo que es un nuevo signo de vitalidad y dinamismo.

(8) Cfr. VIDAL ABRIL CASTELLÓ: «Humanismos modernos y desarrollo de los pueblos», en *Misiones extranjeras*, octubre-diciembre de 1966.

(9) La *Populorum Progressio* quizá sea tanto o más «maritainiana» que cualquier obra del propio Maritain. Y no ya sólo porque allí se citan expresamente algunos de sus textos más significativos, sino por la misma arquitectura global y el espíritu de la

5. ¿Hasta qué punto es Maritain creador de una nueva filosofía o una nueva escuela? No lo pretendió en ningún momento y en ningún sentido (10). El *aggiornamento* de la filosofía católica tradicional fue la principal tarea que llevó a cabo en este campo. También en eso fue un auténtico precursor: con más de un cuarto de siglo de adelanto sobre el horario marcado por el movimiento conciliar.

• Su reedición de un «tomismo esencial» —que él creyó no sólo perennemente vivo sino particularmente indicado para las crisis de nuestro tiempo— le acarreó polémicas sin cuento y ataques de «tomistas puros» que creían monopolizar el pensamiento tradicional y que, a veces, resultaron más «maritainianos» que el propio Maritain (11).

¿Se quedó a medio camino en su labor de refundición de técnicas, métodos, términos y conceptos más o menos tradicionales? Tal vez lo exigía así el fondo y trasfondo de su intento, en un difícil equilibrio por trasladar a nuestra propia circunstancia vital todo lo más sano y operativo del pensamiento tomista tradicional sin traicionar a una ni a otro (12).

6. El hombre es para Maritain una criatura —incluso en el sentido de niño— en perpetua tarea de autocreación. Un espíritu encarnado pluridimensional e indefectiblemente perfectible, que se hace a sí mismo en religación múltiple con los demás hombres, con el mundo, la historia y el tiempo (13).

encíclica y del mismo movimiento conciliar. En este sentido son también sintomáticas las repetidas expresiones de Pablo VI confesándose discípulo de Maritain. Tampoco es un azar que precisamente en Hispanoamérica sea donde más eco han encontrado los postulados de Maritain.

(10) La filosofía no era para él cuestión de inventos, patentes o monopolios; ni siquiera a nivel de escuelas. Sino una corriente continua de problemas, criterios y conocimientos en perpetua génesis. En parte heredados, pero que cada pensador y cada época tienen que redescubrir y asimilar desde su propia coyuntura vital; y en parte adquiridos por la tenacidad en la búsqueda y el alumbramiento de nuevos dominios del saber y nuevas técnicas de explotación científica.

(11) Véase el estudio citado en la nota 5, especialmente sus págs. 389-394.

(12) Respecto al movimiento personalista-espiritualista en su conjunto, en cuanto posible escuela de filosofía piensa así J. Lacroix: «el personalismo no es una Filosofía, sino una intención e inspiración de la Filosofía» (J. LACROIX: *Le sens du dialogue* (2.ª edic.), Neuchatel, 1955, pág. 7; cfr., otras obras y aclaraciones del propio J. Lacroix y otros sobre esta misma cuestión en el mismo estudio repetidamente citado).

(13) Y en perpetuo y constante «diálogo» con una superpresencia divina interpersonal, que preside todas las dimensiones de sí mismo y de los demás, y decide el valor y significado global final de todo lo humano e interurbano. El humanismo para Maritain es consustancialmente teocéntrico.

Libertad y religación, perfectibilidad y deberes para con los otros, personalización y socialización son otras tantas coordenadas del pensamiento y de la acción humana según Maritain. El fallo, por defecto o por exceso, en cualquiera de ellas implica siempre un fallo sustancial para ese hombre integral y ese humanismo integral al que ni el hombre ni los conjuntos humanos deben ni pueden renunciar (14).

## B) EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE MARITAIN

Tal vez sea en este campo donde más resalta el nervio interno de la doctrina y de la acción de Maritain y el talante global de toda su personalidad. Vio con claridad el transfondo de las múltiples tensiones que acongojan al hombre contemporáneo: liberalismos individualistas, socialismos colectivistas, nacionalismos egocéntricos, imperialismos neocolonialistas, tecnicismos y positivismos antihumanos, liberatismos antisociales y anarquizantes...

Creo que además acertó en el diagnóstico. No es cuestión de etiquetas y calificativos combinados: cuando él abogaba por un humanismo a la vez personalista y comunitario —integral, en definitiva— estaba tratando de poner en claro lo más esencial del sistema socio-político cristiano:

1. Desde el punto de vista del hombre concreto, Maritain trataba de subrayar dos aspectos complementarios e insoslayables. La persona humana es el fin sustantivo de todo el orden social y político; pero es a la vez la primera obligada a promoverlo y salvaguardarlo desde su propia circunstancia vital. La misma libertad personal es la posibilidad para el hombre de realizar conjuntamente —de un modo verdaderamente humano y responsable— las tareas de promoción de los demás y de sí mismo. Pero no es fin en sí misma: ni a nivel de persona ni a nivel de comunidad.

---

(14) Las raíces estrictamente filosóficas del personalismo espiritualista, y su evolución en este punto pueden verse en VIDAL ABRIL CASTELLÓ: «Contribución de Biran a la génesis de la fenomenología espiritualista», en *Crisis*, XIII (1966); «El biranismo como método de fenomenología y su adopción por la escuela espiritualista», en *Crisis*, XVI (1969); «Biranismo-blondelismo-neotomismo: génesis de la doctrina espiritualista sobre la perfección humana», en *Crisis*, XIV (1967). Dentro de la vertiente «agustiniana» del movimiento personalista destacan Laberthonnière y Teilhard de Chardin. Cfr. sobre ambos VIDAL ABRIL CASTELLÓ: «Derecho-socialización-personalización. El sistema social cristocéntrico de Laberthonnière», en *Anuario de Filosofía del Derecho*, XIII (1967-68), págs. 355-441; «Teilhard de Chardin, filósofo del Derecho», en la misma revista, XV (1970), págs. 139-196.

Según Maritain, tanto más derecho tendrá cada hombre, y cada unidad social, a que se respeten y favorezcan sus derechos y libertades propias, cuanto más los comprometa en el respeto y promoción de los derechos y libertades de los demás.

2. *Desde el punto de vista de la totalidad socio-política nacional*, trataba de soslayar los múltiples extremismos y desequilibrios que suelen producirse. Y, en primer lugar, la absolutización antihumana de cualquier valor, estamento, institución u objetivo público colectivo (15).

Todo sistema social y político —todo poder, autoridad, soberanía, legitimidad o bien común— que se independice de la conciencia colectiva en que estriba y de los valores y bienes propios de las personas que lo sustentan, constituye siempre, según él, un sistema de explotación antihumana y totalitaria del hombre y de los conjuntos humanos. Y es, por eso mismo, ilegítimo.

El error puede consistir en una personalización ultradictatorial del poder y del Estado; en un monopolio clasista o sectorial del mismo por parte de grupos oligárquicos de presión; en una tecnificación parcialista del sistema, que sacrifique en aras de un bien concreto maximalizado —prestigio político, grandeza del Estado en cuanto tal, medios de disuasión— los derechos y expectativas personales y comunitarias de los gobernados; en un nacionalismo egocéntrico e individualista que se desentienda totalmente de los deberes de solidaridad para con otras comunidades nacionales; en una positivación «maquiavélica» de la política, etc. (16).

3. *Desde el punto de vista del Derecho*, Maritain pensaba que no debe renunciarse a ningún valor positivo de justicia y a ningún poder de acción y de promoción social auténticamente humana y comunitaria: las obligaciones impuestas por el ordenamiento jurídico y las instituciones socio-políticas son un «refuerzo social» —a la vez que estímulo y garantía— para que el ciudadano cumpla mejor, y con mayor continuidad y regularidad, sus deberes para con los demás. (Es un aspecto importante de la propia seguridad jurídica, en su dimensión cívica y civil.) Pero toda instancia jurídica y política necesita

---

(15) Esta es una idea clave en todos los personalistas, como puse de relieve en repetidas ocasiones, a lo largo de los estudios citados y otros de temática simultánea citados en ellos.

(16) Según Maritain todos estos errores derivan de una concepción maquiavelista y amoral del bien común del Estado y de la acción social y política. Según Maritain el maquiavelismo no es ni siquiera rentable: ni a corto ni a medio ni a largo plazo.

a su vez el «refuerzo moral» de otros principios metajurídicos de acción. Con ello el hombre cumple incluso con creces (*per superabundantiam*) cuanto exige el Derecho y las demás normas de la vida social (17).

En definitiva, para Maritain el Derecho es un instrumento clave para la promoción social. Es, además, el último recurso de la sociedad —una especie de reaseguro— cuando falle la moralidad «espontánea» de los ciudadanos y de los grupos sociales. Ni el Derecho ni la moral pueden lograr sus objetivos si no colaboran recíprocamente, dando un sentido plenamente humano y comunitario a la conducta social y a las instituciones (18).

4. Desde el punto de vista del Estado, la afirmación básica de Maritain es esta: toda la razón de ser de cualquier instancia o institución política —y toda la razón de ser de los medios, poderes y fuerzas con que cuentan los gobernantes— es servir al bien de las personas a través del bien común. Pero hay más: la actuación del poder público y de las autoridades sólo se justifica y legitima en cuanto esté efectivamente ordenada a la promoción del bien social de las personas. Además de la legitimidad de origen y titularidad es imprescindible la de uso y ejercicio (19). En casos extremos el mal uso o abuso pueden ser incluso «resolutorios».

Son muchas las ocasiones en que Maritain ha abordado directamente la comparación sistemática y funcional de los diferentes tipos de Estados y las ideologías y razones con que unos y otros quieren autojustificarse: frente a los Estados de cuño liberaloide, afirmó, sobre todo, los deberes de solidaridad intracomunitaria y mundial; frente a los de tipo totalitario y colectivista, los derechos y valores del hombre como persona y de los conjuntos humanos en-

(17) Maritain ha estudiado esta materia en repetidas ocasiones. Véase, sobre todo, *Los derechos del hombre y la ley natural* (edic. de A. Weis y H. F. Miri), Biblioteca Nueva, Buenos Aires, 1943, págs. 21 y sigs.; *Christianisme et démocratie*, P. Harthmann, París, 1943, págs. 39-52 y 53-70; *Principios de una política humanista* (edic. de J. M. Cajica), Puebla, Méjico, 1945, págs. 33 y 34. Véase también cualquiera de las muchas ediciones de su *Humanismo integral*, *Tres reformadores*, *El filósofo en la ciudad*, *La persona y el bien común*, etc.

(18) La doctrina de Maritain sobre el Estado está intrínsecamente unida a una concepción democrática (sustantiva, sobre todo). Hasta el punto de que según él la democracia es de raíz cristiana y evangélica (véase la obra citada en segundo lugar en la nota anterior). También dedicó especiales esfuerzos a aclarar los problemas de la soberanía (concepto teleológico para él en función del bien común interno y externo del Estado) y de la autoridad en cuanto contradistinta del poder mismo.

(19) Tanto o más que Maritain insistió en este punto Laberthonnière. Véase el estudio citado en la nota 14.

globados en el Estado; frente a los de tipo nacionalista y positivista, insistió Maritain en que todo «maquiavelismo» es contraproducente, tanto a nivel de Estado como a nivel de individuos o conjuntos menores (20).

5. Desde el punto de vista de la actividad política en cuanto tal, la doctrina de Maritain puede sintetizarse en las afirmaciones siguientes: la actividad del hombre público es una *técnica* encaminada a la realización del bien común; pero es además *actividad personal* de un hombre que obra con un sentido y valor especial en sus actos. A su vez, la actuación política de los simples ciudadanos (en su contribución al bien común y en sus actos de participación en la gestión colectiva) tiene también dos polos y dimensiones correlativas: actuación en cuanto miembro concreto de la colectividad (*uti pars*); actuación en cuanto persona individual (*uti totum*). En ambos casos obra el hombre con todas las responsabilidades inherentes a la conducta moral (21).

El propio bien común es para Maritain «intrínsecamente moral», no sólo en sus fines y componentes más específicos, sino también en relación con los medios que se ponga en juego para lograrlo. Antes y por encima de los valores contables e instrumentales, están, según Maritain, otros específicamente humano-comunitarios: justicia fraternal, amistad cívica y caridad son el alma, el espíritu y el principal motor de la vida social. El bien común *consiste*, ante todo, en la moralidad, generosidad y libre responsabilidad de los ciudadanos en sus conductas recíprocas (22).

---

(20) La obra en que más extensamente y en profundidad ha abordado esta temática MARITAIN es su *Filosofía moral*.

(21) También el problema de la moralidad de los medios en política entraña esta doble perspectiva; y de ahí su dificultad, tanto a nivel teórico como práctico.

(22) «La política es esencialmente moral». «El orden político, por el hecho de pertenecer intrínsecamente a la ética; puede y debe también, permaneciendo en su orden propio, llevar en su especificación estrictamente política una impregnación cristiana» (J. MARITAIN: *Humanismo integral*, edic. de A. Mendizábal, Santiago de Chile, 1947, págs. 270 y 183, nota 3, respectivamente). «La política cristiana es una política auténticamente política.... pero que sabe que la paz es obra no sólo de la justicia, sino del amor, y que éste también es una parte esencial de la virtud política» (J. MARITAIN: *Principios de una política humanista*, edic. de J. M. Cajica, Puebla, Méjico, 1945, página 258).

## CONCLUSIÓN

Los manuales de filosofía y los historiadores del pensamiento político y de la cultura humana en general tal vez se olviden pronto de Maritain. Quizá porque no fue especialista ni genio en ninguna rama concreta del saber. Los hombres —al menos los pertenecientes a la cultura occidental cristiana, mientras sigan fieles a sí mismo en la búsqueda perpetua de un humanismo siempre mejor— difícilmente podrán desentenderse del legado de Maritain.

Las mil reediciones, refundiciones y traducciones de la obra de Maritain han llevado su semilla a todas las geografías. Su mensaje ha pasado ya a las corrientes circulatorias que hoy nos nutren, y, en cierta medida, está incluso asimilado. En la intrahistoria del humanismo cristiano, en cuanto «católico» y universalizable, Maritain seguirá siendo un hito importante para el pensamiento y la acción de todo el que quiera construir un futuro siempre mejor para el hombre y los conjuntos humanos.

Desde el punto de vista específicamente político, creo que Maritain puede seguir dando bastante más juego y bastante más jugo del que pueden dar a entender las líneas que anteceden. Su legado socio-político y su visión humanista e integradora de lo político podrán parecer simplistas y elementales a muchos ultraspecialistas, técnicos o científicos, de las distintas ramas del saber social o jurídico.

Por mi parte creo que más bien se trata de lo contrario: de simplificación temática, pero en la línea de la profundidad y de la reducción a lo más esencial; de rigor metodológico y crítico creciente en el planteamiento global o monográfico de cada tema abordado; de jerarquización plenamente consciente (y certera, en mi opinión) en la valoración crítica, en la programación táctica y en la calificación humanística.

Creo, además, con Maritain, que el riesgo máximo, el error máximo y el fallo máximo, en todos los dominios de lo humano e interhumano, están en la línea de deshumanización positivista y unilateral o en la de la absolutización, teórica o práctica, de cualquier realidad humana o social. En pocas ocasiones de la historia habrán sido tan necesarios humanistas como Maritain: «especialistas» del conjunto, de la síntesis y del equilibrio armónico entre los mil factores y dimensiones que entran en juego en la conducta social y en las realidades que la presiden o informan.

Creo, por fin, con Maritain, que no hay incompatibilidad, sino complementariedad recíproca —y «subalternancias» múltiples— entre las ciencias de lo humano e interhumano. Pero que, en todo caso, lo primero que hay que

salvar es al hombre mismo con todo lo suyo». Y que dentro de lo humano, la mejor pauta es la marcada por *el reino de Dios y su justicia*. Lo demás iremos ganándolo «por añadidura» (*per superabundantiam*, como gustosamente repetía Maritain) y por sus pasos contados. De la mano de esa hermandad universal que inspiró a Maritain toda su vida y todas sus obras.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ